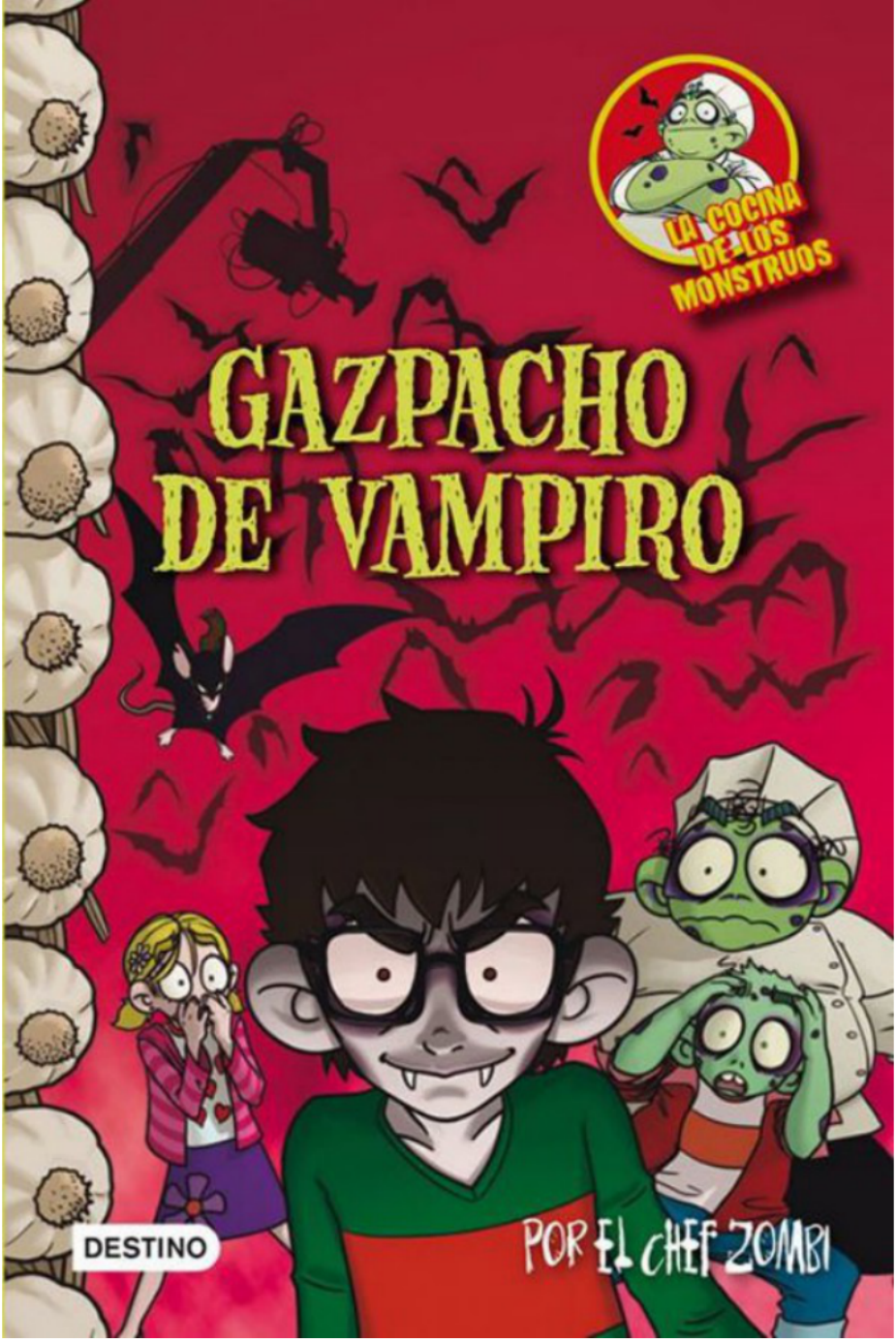

LA COCINA DE LOS MONSTRUOS
GAZPACHO DE VAMPIRO
DESTINO
POR EL CHEF ZOMBI

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Recetas apestosas: Gazpacho de vampiro
Juegos de miedo: El puzle
Test vampiresco: ¿Tienes madera de vampiro?
¡Monstrufícate!: Confecciona tu propio disfraz de vampiro
Chistes monstruosos: ¡Desternníllate de risa!
Créditos

1

—Tengo algo muy importante que contaros a todos —dijo el director Berdejo desde el primer piso del claustro.

En un colegio más normal, todos los alumnos se habrían callado a la vez, intrigados por el secreto que se iba a revelar.

Pero el Saint Grímor no era un colegio normal. Primero, porque la mitad de los que llenaban las clases eran niñozombis bastante brutos que se pasaban el día gruñendo y mordisqueando cosas. Y segundo, porque allí tenían como cocinero al personaje más carismático y fabuloso de toda la Historia del Planeta. El Chef Zombi. O sea, yo mismo.

(El rollo de cómo convertí a la mitad de los niños en zombis por culpa de una sopa de verduras podridas no voy a repetirlo ahora. Ya lo escribí en el primer libro de mis memorias, y sería de buena educación que te lo leyeras ya de una vez, si aún no lo has hecho.)

—¿Queréis que os ponga a todos a copiar doscientas veces la frase: «No interrumpiré al excelentísimo señor don Berdejo»? —amenazó el director.

De repente, el silencio llenó el patio en un minuto.

—Queridos alumnos del Saint Grímor... —continuó Berdejo, y luego añadió entre dientes—: Bueno, lo de queridos es un decir, porque sois todos unos gamberros maleducados... Hay momentos en la vida que son muy especiales. Son momentos perfectos en los que se dan situaciones perfectas y todo tiene que salir perfecto. Hoy empieza uno de esos momentos perfectos y pobre del que lo estropee, porque...

—¡Al grano! —dije yo, fingiendo voz de niña para que no me hiciera copiar nada.

—Qué pesados sois. En fin... que... ¡Vamos a rodar una película de vampiros en el colegio!

2

Al conocer la noticia, todos nos pusimos a aplaudir.

El director Berdejo desapareció un momento y volvió junto a un chaval con barba y gafas negras vestido con chándal. Parecía demasiado tímido para ser el nuevo profe de gimnasia, así que debía de ser alguien de la película.

—Os presento a Paco Párking, el director.

—¡Ya era hora de que te despidieran, Berdejo! —grité yo, girando la cabeza para que no me pillaran.

—El director ¡de la película!, no del colegio. Porque aquí sigo mandando yo. Y si no paráis de decir tonterías, os castigo a todos sin papel de váter durante un mes.

Por supuesto, todos nos callamos al momento. Con el papel de váter no se juega. Bueno, puedes jugar si lo mojas y haces bolas para engancharlas al techo, pero ya me entiendes.

—Cuando quiera, señor Párking —le dijo Berdejo al de gafas—.

Son malvados y ruidosos, pero yo me ocuparé de la disciplina. Usted sólo tendrá que dirigir una gran película... y no olvidarse de lo que tenemos acordado.

Paco Párking tragó saliva, puso los ojos en blanco, se limpió el sudor de la frente, tembló un poco y después empezó a hablar muy bajito.

—Amigos, necesito vuestra ayuda. Voy a rodar una de esas películas que a todos nos gustan, con vampiros y amor y...

—¡Menudo rollazo! —gritó Zombete.

—... dejadme acabar, muchachos —continuó el director de cine —. Porque ésta no será una película normal. Seguro que a su actor principal lo conocéis todos y os hará mucha ilusión verlo en vuestro colegio. Estoy hablando de Eduardín Gluten.

Aquí todas las niñas empezaron a chillar como histéricas y a desmayarse por la emoción.

—Nos vemos mañana, chicos —dijo el director de la peli antes de desaparecer del claustro junto a Berdejo.

—¡Seremos famosos! —gritó uno.

—¡Conoceremos a Eduardín! —dijeron varias niñas enamoradas del niño actor.

—¡Nos saltaremos clases! —chilló Zombete lleno de alegría.

3

A la mañana siguiente, *Estiércol* y yo nos levantamos muy pronto para ponernos bien guapos. Quizá los del cine se fijarían en nosotros y nos darían un papelillo en la película.

A *Estiércol* le llené la bañera con vinagre para que le quedaran el pelo y los bigotes bien sedosos, y yo me quería poner crema hidratante en la cara para revitalizar mi rostro. Pero como no tenía, porque yo no compro esas tonterías, me hice una mascarilla con mantequilla.

Después, nos dirigimos rápidamente hacia el colegio para ser los primeros en llegar.

Y nos encontramos con cientos de niñas que taponaban la entrada del Saint Grímor. Por sus caras de sueño, quizá habían pasado la noche delante del colegio. Pero ellas seguían de pie, con pancartas que decían: «Eduardín, el más guapo del mundo», «Te queremos, pero para nosotras» y «Muérdeme, vampirín».

—¿Quién será este Eduardín? —le pregunté a *Estiércol*.

Mi fiel ratita desplegó el periódico que le robamos cada día a un

vecino y me enseñó la primera página de espectáculos. La película y el Saint Grímor eran noticia. Y Eduardín Gluten se ve que era el niño actor más famoso del planeta, gracias a una serie de televisión en la que hacía de vampiro tímido pero seductor.

—Mmm... —dije—. Si este niño es famoso, me haré amigo suyo, le pediré autógrafos cada día y los venderé a sus fans. O aún mejor, le haré una entrevista en exclusiva y así podré salir en la tele a contarlo todo y me haré superfamoso.

Estiércol saltó de golpe sobre el periódico y me intentó pegar un bocado rabioso en la nariz.

—Perdona, bonita. Quería decir que nos haremos superfamosos.

4

En el interior del Saint Grímor, la situación aún era peor. El patio estaba lleno de alumnos con cámaras de fotos. Nunca nadie había tenido ganas de llegar temprano al colegio, pero ya se veía que las cosas iban a cambiar mientras rodaran la película.

Media hora después, y protegido por dos enormes guardaespaldas y el director de la película, apareció un niño con la cabeza tapada por la capucha de una sudadera. Al momento, centenares de alumnas y niñazombis empezaron a correr hacia él, chillando como locas.

Algunas le quitaron las gafas de sol. Otras le robaron la sudadera

porque la había llevado puesta él. Y otras muchas empezaron a besarlo y a arrancarle mechones de pelo, seguramente para guardarlos en su mesilla de noche.

Los guardaespaldas no daban abasto apartando a las fans, y cuando el director de cine intentó ayudarlos, se le lanzaron encima mientras le preguntaban:

—¿Tú también eres famoso?

Cuando vi que la cosa podía acabar en tragedia, decidí echarles una mano. No por bondad, claro, porque no los conocía de nada, sino para vender sus autógrafos.

—¡*Estiércol*, los panecillos!

Y al momento, mi ratita entró en la cocina y volvió a salir en seguida, con el saco de los panecillos que íbamos a servir a la hora de comer. Empezamos a lanzárselos a las fans enloquecidas, que retrocedieron a causa de los impactos. Los niños siempre se habían quejado de que los panecillos estaban duros, pero cómo no iban a estarlo si siempre servíamos pan de la semana anterior, que era más barato.

—¡Daos prisa, escondeos en la cocina! —les grité.

Y el niño famoso y el director de cine corrieron hacia mis dominios y pude cerrar las puertas antes de que las fans consiguieran entrar.

—Tranquilos, ya estáis a salvo —les dije para hacerme amigo suyo.

—¿Y mis guardaespaldas? —preguntó el niño.

—Déjalos que conozcan a las alumnas de este colegio, que así sabrán por lo que paso yo cada día. Y ahora que os he salvado la vida —dije con una sonrisa muy falsa—, veamos qué podéis hacer vosotros por mí.

5

Eduardín Gluten era un papanatas. Pero tenía camerino propio y eso siempre hace que los papanatas te caigan mejor.

En agradecimiento por haberle salvado, me dejó entrar con él en su caravana de famoso, que estaba aparcada en medio del patio de abajo. El interior medía unos cincuenta metros y estaba lleno de sofás, televisores con consolas para jugar a todos los videojuegos, una mesa enorme y dos habitaciones cerradas.

—¿Aquí vivís todos los de la película? —le pregunté al niño actor.

Antes de contestar, soltó una risita estúpida.

—Por supuesto que no. Ésta es mi caravana privada, para

descansar entre escena y escena del rodaje. Así me puedo encerrar aquí y no tengo que soportar a esas repipis que me piden autógrafos.

En ese instante vi que tendría que esperar a ganarme su confianza antes de pedirle unos mil autógrafos. Así a ojo, mil o dos mil firmas, vendidas por Internet a las fans del chaval, me supondrían una pasta gansa.

—¿Y qué hay tras esas dos puertas?

—Una es mi lavabo privado, porque mi representante exige que yo nunca use un lavabo que hayan utilizado otras personas. Y la otra es la habitación de Vlud, mi compañero de reparto.

Intenté abrir la puerta para curiosear qué pinta tenía el colega actor, pero estaba cerrada.

—Pero ¿qué haces? —gritó el niño—. A Vlud no se le puede despertar antes de la tarde. Lo pone en su contrato.

Rebuzné aburrido y me senté en uno de los sofás.

—Oye, salvarte la vida me ha dejado muy cansado. Me quedaré aquí hasta que me recupere.

Eduardín me miró sin saber qué cara poner.

—No sé si a mi mánager le parecerá bien.

—Quizá tu mánager habría preferido que tus fans locas te hubieran destrozado a besos, ¿no?

—Está bien. Esta caravana es exclusiva para mí, pero puedes quedarte un rato. Aunque eso sí: no toques nada y sobre todo no invites a nadie.

6

Cuando los del cine vinieron a buscar a Eduardín para empezar a rodar, le hice caso y me porté como un señor. Durante cinco minutos, claro, por si el niño o su representante volvían.

Después, abrí mi mochila, liberé a *Estiércol* y le dije:

—Ve a buscar a mis amigos y diles que vamos a montar una fiesta de las buenas.

Pablo, Natalia y Zombete no tardaron casi nada en llamar a la puerta de la caravana.

Les abrí gritando:

—¡Fiesssssssstaaaaaaaaaaaaa!

—Bermúdez, esta caravana no es nuestra... —dijo el empollón de Pablo.

—¡No seas aguafiestas, Pablito! Yo quiero ver la guarida secreta de Eduardín —le regañó Natalia. Y luego le sonrió.

El niño no tuvo más remedio que ceder.

Así que, entre todos, empezamos a abrir los armarios y las neveras, mientras *Estiércol* encendía los televisores y las consolas.

—¡Tiene un congelador lleno de helados!

—¡Y una nevera llena de batidos!

—Pues dentro de un rato, ya no lo tendrá —bromeó Zombete, bebiéndose a morro y a la vez una botella de horchata y dos batidos de chocolate.

Pablo y yo nos pusimos a jugar a las consolas mientras *Estiércol* saltaba encima de los sofás y daba volteretas en el aire.

—¿Seguro que tenemos permiso para estar aquí, Bermúdez? —preguntó Pablito.

—Claro que sí, listillo. Miguelín y yo somos uña y carne.

—¿Miguelín? ¡Se llama Eduardín! —corrigió Natalia, medio mosqueada.

—¿Y a ésta qué le pasa? —pregunté.

—Estará enamorada del tontito actor ese

—se chivó Zombete.

—Tú eres burro, Zombete —le dijo la niña antes de salir de la caravana dando un portazo.

Pablo apretó el botón de pausa de la partida y puso cara de preocupado:

—¿Qué le pasará a Natalia?

—Le gustará el niñito ese. Pero no te preocupes, Pablo, que sin gafas y con otro peinado, tú te pareces un poco a él —le solté de golpe—. Y cuando el actorcillo pase de ella, Natalia vendrá otra vez a tu lado y podrás decirle que estás enamorado.

La cara del empollón se volvió blanca como un paquete de folios.

—Creo... que... no me encuentro demasiado bien —intentó excusarse—. Será mejor que vaya a la biblioteca, a aprovechar el rato.

—Pues más cómodos estaremos los demás —soltó Zombete como si nada.

Allí nos pasamos toda la mañana, divirtiéndonos a lo bestia. Y justo cuando el gusanillo del hambre empezaba a moverse por mis tripas, llamaron a la puerta.

—Todos a esconderse —dije.

Nos tiramos al suelo, detrás de uno de los sofás, justo cuando la puerta se abrió y un par de camareros bien vestidos empezaron a entrar bandejas de comida.

Por supuesto, a la que nos quedamos otra vez solos, fuimos a inspeccionar. Eran delicias acabadas de cocinar. Y en cada bandeja, había un cartel que avisaba: «Cátering exclusivo para Eduardín Gluten. No tocar».

—No tocar, no tocar... ¿Desde cuándo recibimos órdenes de un cartelito? —me pregunté mientras babeaba.

Estiércol fue la primera en atacar, lanzándose de lleno encima de una pirámide de frutas que por lo menos medía un metro.

—A ver —dije ya con la boca llena de huevos rellenos con salmón—, si sólo picamos un poquito, tampoco se dará cuenta nadie, ¿verdad?

7

Lo malo es que comimos demasiado. De hecho, creo que nos lo acabamos todo. Y nos quedamos medio dormidos allí en el suelo de la caravana.

Así fue como nos encontró el director Berdejo cuando empezó a dar golpes contra la ventana.

—¡Bermúdez! Sé que estás ahí dentro. O abres o te despido.

—No estoy —dije en broma.

—¡Serás inepto! ¡Te has olvidado de preparar la comida para los alumnos de media pensión!

Me puse en pie del susto y abrí la puerta con tanta fuerza que casi arranco la cerradura.

Mi cara zombiesca estaba pálida por la vergüenza. Está claro que a mí los chavales del Saint Grímor sólo me dan dolores de cabeza y ninguno de ellos ha apreciado jamás mis guisos. Pero yo era el cocinero oficial del colegio y nunca, ni con invasiones zombis ni ataques de momias ni hombres lobo fugados por la ciudad, había faltado a mi deber.

—No, hombre, no —intenté disimular—. El menú está más que preparado, pero lo he guardado en la nevera porque hoy hay... platos fríos —le solté de golpe a Berdejo mientras salía corriendo directo a la cocina.

8

En vez de hacer cola delante del comedor protestando sin parar, los alumnos del Saint Grímor estaban distraídos viendo cómo grababan una de las escenas de la peli en el claustro. Pensé que quizá me daría tiempo de preparar algo rápido antes de que empezaran a tener hambre de verdad.

—*Estiércol*, Zombete, hoy seréis mis pinches. Tenemos nueve minutos para cocinar para estos bichos antes de que Berdejo tenga una buena razón para despedirme.

—¿Y por qué no les ponemos estas sobras?

Zombete había abierto la cámara frigorífica y había descubierto varios recipientes de ensaladilla rusa.

—Uf, eso lo preparé hará... mes y medio por lo menos. Lo tenía aquí fermentando para usarlo de masilla y asfaltar el suelo del párking.

Estiércol se acercó para oler la ensaladilla y cayó desmayada por el pestazo.

Como si fuera un gorila hambriento, Zombete pasó de manías y se llenó la boca de ensaladilla.

—Hombre, la mayonesa está un poco caducada, pero casi ni se nota.

Dudé unos segundos, mientras *Estiércol* me hacía señas para que olvidara la propuesta. La última vez que cociné algo con verduras podridas, la mitad de los niños del colegio se convirtieron en zombis.

Pero por suerte, Pablo entró en la cocina y nos dijo:

—Bermúdez, los de la peli han invitado a pizzas a todos los del colegio. ¿Venís a comer algo?

—Si es gratis, por supuesto —respondimos Zombete y yo, siguiéndolo al momento.

Y salimos a por las pizzas, dejando la ensaladilla encima del mármol de la cocina. Total, ¿quién la iba a mover de allí?

9

Pero resulta que alguien tocó la ensaladilla. Algún ayudante de producción de la peli, por ejemplo, que eran las personas que solucionaban los problemas y conseguían cosas.

Aquí el problema empezó cuando el famoso actor Eduardín Gluten llegó a su caravana para comer su cátering especial y descubrió que lo único que quedaba en las bandejas eran unas migas mordisqueadas.

Y se enfadó. Muchísimo. Y empezó a gritar a todo el mundo, amenazando con abandonar la peli si a él no le traían su comida especial, porque él era una estrella y no pensaba comer pizza en el claustro con el resto de los niños normales.

Así que algún pobre currante entró en la cocina del Saint Grímor para pedirle ayuda al cocinero. Pero como yo estaba devorando pizzas con todos los demás, el chico pilló lo primero que encontró.

Así fue como un plato de ensaladilla caducada acabó en la mesa de la caravana especial de Eduardín Gluten.

Y así fue como, una hora después, cuando quisieron seguir con el rodaje, el niño actor no podía concentrarse.

Su escena era muy importante. Tenía que besar en la mejilla a Leti, una guapa actriz de ojos azules que hacía de su profesora.

Pero cuando cincuenta personas estaban pendientes de él, el niño actor sólo pudo decir:

—¡CACA!

Y huyó corriendo a su caravana, de la que no volvió a salir.

Después de media hora, el director Paco Párking empezó a

impacientarse.

—¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si se ha enfadado y ya no quiere rodar más? Voy a hablar con él.

Párking llamó a la puerta de la caravana y el representante le dejó entrar.

Al momento, el director volvió a salir, tapándose la nariz con los dedos.

—Eduardín está malito. Tendremos que continuar mañana.

10

A la mañana siguiente, más de cien personas estaban en sus puestos, preparadas para empezar a rodar, y más de trescientos curiosos los mirábamos aburrirse. Porque hasta que no apareciera el niño estrella, allí no se podía adelantar nada.

Una hora más tarde, hasta el propio Zombete prefería hacer clase, porque ya no soportaba más esperar sin hacer nada.

Y entonces apareció el representante de Eduardín.

—¿Y el niño? —le preguntó Paco Párking.

El representante le alargó un sobre.

—El niño no está ahí metido. Es demasiado grande para caber en un sobre —me susurró Zombete.

El director de la peli abrió el sobre medio temblando. Sabía que

dentro no encontraría dos entradas gratis para un partido de fútbol.

Dentro del sobre había una carta, con el sello de un despacho de abogados.

Distinguidos señores de la película El vampirín pasa de curso:

Nuestro representado, el célebre niño prodigio Eduardín Gluten, ha sufrido una intoxicación en el transcurso de su rodaje. Todo apunta a un intento de envenenamiento por parte de algún actor resentido, incapaz de asimilar la fama de nuestro cliente. Para evitar posibles ataques posteriores, nuestro representado abandona su película para siempre. De hecho, no quiere volver a trabajar con ustedes en la vida. En estos momentos está descansando en un balneario de lujo, para recuperarse del susto. Pero cuando ya no se haga caca encima, les pondremos a ustedes una demanda que se van a enterar.

Atentamente,

Bufete de abogados Stallone & Norris

Paco Párking soltó la carta al tiempo que caía al suelo medio desmayado por la noticia.

—¡Qué desgracia! ¿De dónde saco ahora un niño actor que se parezca a Eduardín? Sin él, las fans odiarán la película y mi carrera estará arruinada para siempre.

—Si cancelan esta tontería de película —comentó Pablo—, podremos proseguir con nuestros estudios, que son vitales para nuestro desarrollo intelectual.

Una cosa estaba bien clara. Si los del cine se marchaban del Saint Grímor, los chavales volverían a ponerse pesados y a mí me tocaría cocinarles cada día. La película tenía que continuar, fuera como fuera.

Y entonces me quedé mirando a Pablo. Al momento, le quité las gafas, me escupí en la mano y la pasé por su pelo para darle un aire más moderno.

Antes de que el chaval pudiera escaquearse, lo agarré por el cogote y lo empujé hasta plantarnos delante del director de cine.

—Oye, tío del cine, no es por nada, pero tengo la solución a todos tus problemas.

11

Por supuesto, Pablo se sintió muy incómodo con toda la situación.

—¡Que yo no quiero ser actor! —se quejaba.

—Tampoco te pido que ganes un Oscar y tengas una carrera muy larga. Sólo tienes que hacer esta peli.

Decenas de técnicos, actores y el director lo miraban con ojos suplicantes. Paco Párking se acercó a él y lo iba observando desde varios ángulos.

—A ver, iguales iguales no son, pero si lo maquillamos y lo peinamos bien, y lo vestimos igual que Eduardín, igual nadie nota la diferencia.

—¡Pero qué barbaridades estoy oyendo! —contestó Pablo—. No hace falta que nos hagan una prueba de ADN para descubrir que no somos el mismo. ¿Alguien ha pensado que mi voz es distinta a la del niño ese?

—Eso no es problema —dijo Paco Párking—. Tú sólo mueve los labios y a tu lado se esconderá un imitador, que leerá el papel de Eduardín con su misma voz.

—Esto es lo más surrealista que he oído nunca —suspiró Pablito —. No podéis obligarme...

Y entonces, Leti, la actriz que hacía de profesora, se acercó a Pablito, mostrando sus encantos, y le susurró al oído:

—Hazlo por mí, guapo. Sin ti, nos quedamos sin peli y me tocará volver a trabajar de camarera.

Mi amigo empollón se puso más rojo que el traje de Papá Noel.

Y estuvo a punto de desmayarse cuando Leti le dijo:

—Además, tu primera escena es muy fácil. Sólo tienes que darme un besito en la mejilla.

—Pero es que...

—¿Qué pasa? ¿Te parezco fea? ¿Me huele el aliento? ¿Me odias?

—No, claro que no. Si tú eres... hermosísima.

—Pues claro —dijo ella, segura de sí misma. Y después, agarró a Pablo por el brazo y lo puso delante de la cámara—. Así pues, empezamos ya, ¿no?

El niño no tuvo más remedio que decir que sí.

12

La escena consistía en que la profe paseaba por el claustro y el niño vampiro, que estaba enamorado de ella, avanzaba por la sombra y le daba un beso en la mejilla porque ella le había puesto un sobresaliente.

Algo fácil a simple vista, porque no tenían ni que hablar, pero tuvieron que repetirlo todo más de veinte veces. Pablo se ponía demasiado nervioso y tropezaba con sus propios pies y caía encima de Leti. Y la chica lo aguantaba con paciencia.

—Tú olvídate de las cámaras y de los mirones. Simplemente camina directo hacia mí, un pie detrás del otro, sin caerte al suelo,

y después pon tu boca en mi mejilla. Lo otro ya saldrá solo.

Con «los mirones» igual se refería a Zombete y a mí, que aplaudíamos desde un rincón, gritando:

—¡Viva nuestro campeón! ¡De aquí a Hollywood!

Poco a poco, mi amigo fue sintiéndose cómodo y su actuación fue mejorando. De hecho, en cada nueva repetición de la escena para que quedara mejor, el beso de Pablo en la mejilla de Leti iba durando más tiempo.

—¡Míralo! Medio día más haciendo de actor y éste deja los estudios —se quejó Natalia, que apareció a nuestro lado.

—¿Cuánto rato hace que estás aquí? —le pregunté.

—Demasiado —gruñó.

—Entonces, habrás visto que Pablo está besando a una chica que no eres tú —le explicó Zombete innecesariamente.

—Tú debes de entrenar mucho, porque cada día eres más tonto —le contestó ella.

Y después, sin más, lo empujó de manera imprevista sobre Pablo y Leti, y los tres cayeron al suelo.

—¡Corten! —gritó el director—. El bestia este ha salido en cámara y la toma no es válida.

—¿He salido? —se animó Zombete—. ¿Voy a ser famoso?

—¡Niño, aparta de ahí que tenemos que seguir trabajando! —le gritó uno de los ayudantes del director.

Zombete dio un patadón al suelo y agrietó varias de las baldosas del patio.

—¡Yo quiero salir en la peli!

—¡Sacadlo de ahí! —ordenó el director.

—Muy bien. Pues si yo no salgo, saldrán mis pedos.

Zombete se puso con el culo en pompa y soltó una nube tóxica en dirección a todos los trabajadores de la peli.

Al momento, varios de ellos escaparon corriendo hacia la calle para respirar oxígeno más puro.

Medio mareado al lado de la cámara, Paco Párking dijo con voz

de pito y tapándose la nariz:

—Está bien. Te daremos un papelillo. Pero no vuelvas a tirarte un pedo así en tu vida.

13

Los días fueron pasando y todos estaban muy felices en el Saint Grímor. Sobre todo el director Berdejo, a quien le habían dado un papel de director de colegio. No tenía ninguna frase, pero pasaba por detrás en varias de las escenas, llevando a Zombete de la oreja. Los dos disfrutaron tanto que no me molestaron en casi una semana.

Por su parte, Pablo se pasaba todo el rato en su caravana, estudiando su papel y jugando con Vlud, el compañero actor que también dormía en la caravana.

Al final resultó que sólo era un murciélago actor entrenado por especialistas que en la peli hacían ver que era la forma en la que se transformaba el niño vampiro. Pero por mucha atención que todos le dedicaran a ese bicho, que hacía todas sus tomas a la primera, no era ni la mitad de buena mascota que mi fiel *Estiércol*.

Y además, me di cuenta rápido de que Paco Párking, el director de la peli, estaba perdidamente enamorado de su actriz principal.

Más que nada, porque un día me dijo:

—Estoy perdidamente enamorado de Leti. Pero no creo que ella me haga caso nunca.

Yo lo miré seriamente y le dije:

—No me cuentes tu vida, que no soy una revista para chicas.

El pobre director se alejó medio dolido y yo pude ir a mi rincón preferido de todo el rodaje: la mesa del cátering, que era la comida para picar entre horas.

Allí comía y comía cuando los de la película no se daban cuenta. Siempre se quejaban de que alguien les robaba los bocadillos y las

pastas, pero en el momento en que ya era evidente que me había pasado comiendo, yo ya estaba bien escondido en la sala de maquillaje.

No había mejor sitio para echarse una buena siesta.

14

Pero ese día en concreto, Pablo y una maquilladora me despertaron a media siesta.

Limpiándome la baba con el brazo, los miré con algo de rabia:

—Estaba en medio de un sueño muy bonito, lleno de chuletas de dinosaurio hechas a la barbacoa. ¿Por qué me habéis despertado?

—Porque estás en el sillón de los actores que tienen que maquillarse —dijo la maquilladora—. Y si no apartas tu culo de aquí, no puedo hacer mi trabajo.

—Simpática —dije, mientras me levantaba y permitía sentarse a Pablo delante de unos espejos enormes con muchas bombillas, para

iluminar mejor las caras de los actores mientras los pintaban más pálidos.

—Perdona mi brusquedad. Hoy me noto muy cansada y estoy de mal humor —dijo la maquilladora.

—Yo siempre estoy cansado y no me quejo —le contesté yo.

—Será de lo mucho que trabajas —me atacó ella.

La maquilladora puso cara de fastidio y yo desvié la vista hacia el espejo para no tener que mirarla más.

Y entonces me di cuenta de algo que iba a cambiarlo todo.

—Oye, y ahora que me fijo, de los tres que estamos aquí, ¿por qué sólo Pablo y yo nos reflejamos en el espejo?

15

Pablo levantó la vista del guión, que repasaba siempre que podía, y se concentró en el espejo. Se puso pálido al momento.

—Perdone, señorita maquilladora, ¿me permitiría ver su cuello un momento? —le preguntó a la chica.

—¿Para qué? —dijo ella, recelosa.

—Para ver qué marca de perfume usa, que me gusta mucho y se la regalaría a mi madre.

—Para eso no necesitas mirarme el cuello —se defendió ella.

—Enséñale el cuello ya de una vez, a ver si eres una vampira —intervine yo, que siempre he sido poco sutil.

La maquilladora retrocedió unos pasos, llevándose la mano a la bufanda que le cubría el cuello.

—No puedo quitarme la bufanda, que después me entra frío y me constipo.

—Trae pacá —le solté yo, arrancándole la bufanda.

Sin la bufanda, vimos bien claramente dos pequeños agujeros en su cuello.

—¿Y esto qué son? —pregunté yo.

—Unos granitos, que me los he apretado —se defendió la chica.

Pablo me guiñó el ojo disimuladamente, mientras decía:

—Bermúdez, creo que en tu cocina tenías una crema antigranos. ¿Se la vamos a buscar?

Asentí con la cabeza y salimos de la sala de maquillaje, mientras la mujer empezaba a marcar un número de teléfono en su móvil.

16

—¡La maquilladora es una vampira! Y tenía la misma cara pálida que otros trabajadores del rodaje. Seguro que hay un vampiro entre nosotros que se está dedicando a chuparle la sangre a todo el mundo —me explicó Pablo.

—Hay que encontrar a Natalia y a Zombete para avisarlos. Pueden estar en peligro —dije.

—Y también tendríamos que salvar a todos los de la película —añadió—. En especial a...

—... a la actriz esa tan guapa, ¿verdad?

El chico me miró fijamente.

—Los vampiros siempre suelen atacar a chicas jóvenes, porque su sangre tiene más vitalidad. Por eso Leti puede ser una de sus próximas víctimas.

A lo lejos, vimos que Natalia y Zombete venían corriendo hacia nosotros, arrastrando a Paco Párking por el brazo.

—Creo que ya lo saben —dije.

Más que nada, porque detrás de nuestros amigos venían corriendo todos los trabajadores de la película. Y venían con la boca abierta y enseñando los dientes, así que o querían pedir hora al dentista todos a la vez o estaban más vampirizados que Drácula.

Precavido como siempre, Pablo miró hacia atrás y descubrió que varias maquilladoras venían hacia nosotros con cara de malas pulgas vampíricas.

—¡Te has chivado! —le dije yo a la maquilladora que aún llevaba el teléfono en la mano.

—Hombre, pues claro. ¿Tú sabes el festín que nos vamos a dar contigo? —dijo, relamiéndose su lengua malvada.

Antes de que yo pudiera preguntarle a Pablo qué hacer, él se me adelantó.

—Rápido, subamos a las clases del primer piso. Se me acaba de ocurrir una idea.

—No entiendo nada —dijo Paco Párking.

—No te preocupes. A mí me pasa siempre y sigo siendo la mar de feliz —le soltó Zombete.

Seguimos al niño por la escalera y, cuando ya estábamos todos juntos, Pablo atrancó la puerta del pasillo de las clases con una silla.

—Esto no los va a detener. La fuerza de un vampiro es casi tan poderosa como la de un zombi —comentó Natalia.

—Pero yo sé de algo que es superior a ellos —dijo el niño, mientras caminaba hacia una de las clases.

El grupo de vampiros empezó a destrozar la puerta, así que no nos quedamos allí para recibirlos con abrazos y besos.

17

Nos encerramos en una de las clases, pero excepto Pablo, los demás íbamos la mar de perdidos.

—Pensaba que los vampiros explotaban con la luz solar —dijo Natalia.

—Eso sólo pasa en las pelis de Hollywood —aclaró Pablo—. En las leyendas europeas, siempre se ha dicho que pueden caminar bajo el sol, pero con sus poderes maléficos reducidos. Por eso, prefieren dormir de día y atacar de noche.

Nos quedamos muy pensativos, aunque eso no le privó a Zombete de soltarle a Paco Párking:

—Oye, la próxima peli la tienes que hacer sobre mí y mis aventuras. Mejor una peli que un libro, que yo no soy de leer.

—¿Por qué no se calla este pesado? —dijo el director, medio histérico—. Llevo soportándolo desde el primer día que pisé este colegio, y sólo aguantaba por la película. Pero ahora que los de mi equipo se han vuelto locos, ¡lo último que necesito es un zombi plasta!

—Vale, vale, pero cuando me necesites para partirles la cara a esos vampiros, más te vale que me pidas perdón.

—Tenéis que escucharme todos —empezó a decir Pablo—. Creo que hay un vampiro de verdad en la película.

—¿Sólo uno? —comentó Natalia—. Porque yo he parado de sumar después de contar cuarenta... Y ninguno de ellos parece demasiado simpático.

Para reafirmar las palabras de la niña, decenas de chupasangres sacaron la cabeza por las ventanas de la clase. Golpeaban los cristales y enseñaban los colmillos mientras cantaban como un coro de niños pesados:

—¡Vais a ser nuestro refresco de hoy! No vamos a dejar ni una gota.

—Venga, adelante, aquí estamos —los desafió Pablo.

Uno de los vampiros puso la mano en el pomo de la puerta pero al momento se tapó la cara con el brazo, lanzó un aullido y retrocedió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Zombete—. ¡No me he tirado ningún pedo aún!

—Es el crucifijo, ¿verdad? —aportó Natalia.

Todos miramos hacia la pared de encima de la pizarra, donde estaba colgado un crucifijo.

—Mientras tengamos cerca una cruz, no se atreverán a tocarnos —remató el empollón.

—Pero aquí no podemos quedarnos toda la vida, que yo me aburro rápido —apuntó Zombete.

—Tenemos a decenas de seres infernales a punto de devorarnos y vosotros como si nada —dijo Paco Párking—. ¿Cómo podéis estar tan tranquilos?

—Ah, es que en cada libro nos pasa lo mismo —le solté, y *Estiércol* y yo nos pusimos a reír a la vez.

—Ya sabes lo que te toca —le soltó Natalia a Pablo—. Pensar un plan brillante para escapar de aquí y acabar con los vampiros.

—Es lo que hago siempre. Aunque quizá tú preferirías que te rescatara el fabuloso Eduardín Gluten.

—Y quizá tú preferirías que tu querida Leti fuera una princesa indefensa que te pidiera ayuda, ¿no? —contraatacó ella.

Y justo en ese momento, la mano de Leti empezó a golpear los cristales de la clase de manera desesperada.

—¡Pablo! ¡Tienes que salvarme! ¡Los del rodaje se han convertido en monstruos de verdad y me persiguen!

Sin dudarlo, Pablo empezó a caminar hacia la puerta.

Pero Natalia se interpuso en su camino.

—¿Estás tonto? ¿No ves que es una trampa?

—¿Cómo va a ser una trampa? ¡Una inocente me está pidiendo ayuda!

—¡Es una de ellos! Hace un minuto todo el pasillo estaba lleno de vampiros y ahora no hay ni uno.

—Habrán ido a mear —intervino Zombete.

Pablo miró a través de los cristales a izquierda y a derecha.

—Está sola en el pasillo —dijo, mientras apoyaba la mano sobre el pomo de la puerta.

—¡Sálvame! —le pidió Leti con la cara más desesperada que pudo poner.

Natalia intentó impedirlo.

Pero Pablo abrió la puerta.

18

—¡Corre, entra! —le dijo Pablo a Leti.

—Mejor sal tú... con nosotros —le dijo la actriz, agarrándolo por el brazo.

De repente, varios vampiros aterrizaron en el pasillo y apresaron a Pablo por todas partes.

—¡Estaban en el techo! —gritó Zombete—. Seguro que son familia de Spiderman.

—¡Aguanta, empollón! —dije yo, lanzándome a por ellos.

Les solté unos cuantos puñetazos bien dados, pero los vampiros eran demasiado numerosos y no me permitían acercarme a mi amigo.

—Si le tocáis un pelo os patearé a todos hasta dejaros el culo

rojo como un camión de bomberos.

—Ya es demasiado tarde —dijo Leti.

Los otros vampiros se apartaron y me dejaron libre toda la vista del pasillo.

Leti tenía a Pablo medio abrazado, y del cuello del niño caían dos gotas de sangre.

—Bermúdez, ya me ha mordido... Sólo podréis salvarme si acabáis con el vampiro primigenio. Usa tu arte en la cocina y podrás vencerlos a todos.

—¿A qué te refieres, listillo? —le pregunté.

Pero no le dejaron contestarme, porque se lo llevaron arrastrándolo por el pasillo.

19

Intenté detenerlos, pero el grupillo vampiresco se me lanzó encima, soltando dentelladas por todas partes.

Suerte que *Estiércol* apareció de la nada con una de las reglas de madera que había en la clase. Dando saltos mortales en el aire, les iba golpeando los colmillos con la madera.

—¡Mis dientes! —se quejó uno de los vampiros—. Esta rata malvada quiere dejarnos sin primer plato.

—Pues nos beberemos también la sangre de la rata —comentó otro.

Por supuesto, lo hice callar con un manotazo, porque a mi

pequeña no la toca nadie, y menos para bebérsela de merienda.

—¡Atrás! —gritó Natalia, saliendo al pasillo con el crucifijo que debía de haber descolgado.

Los vampiros retrocedieron al verla y eso nos permitió a *Estiércol* y a mí entrar otra vez en el aula donde antes nos habíamos refugiado.

Cerré la puerta con ganas y Natalia se quedó delante de los cristales, manteniendo la cruz en alto.

—¡Salvados! —dije, respirando hondo.

—Hombre, volvemos a estar como antes, pero sin Pablo —se quejó Natalia—. Eso no me parece un gran avance.

—Sin él sólo somos un puñado de brutos sin cerebro —aportó Zombete.

—Perdona, pero yo soy tan lista como Pablo —se defendió la niña.

—Eso no es posible. Tú no llevas gafas —soltó el niñozombi repetidor, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Silencio —les pedí—. Pablo me ha intentado dar una pista sin que se enteraran los vampiros. Ha dicho algo sobre mi arte culinario.

—Quizá quería que intoxicaras a los vampiros con una de tus ensaladillas caducadas —me dijo Natalia.

—Esperad, esperad —intervino el director de cine, que estaba escondido debajo de la mesa de la profesora—. Pensemos un poco.

Los vampiros pueden sobrevivir a una ensaladilla caducada. Pero en cambio, no soportan... el ajo.

—¡Gazpacho! —grité, con el cerebro iluminado—. El gazpacho se hace con tomate, agua, pimiento, pan, aceite, pepino, sal, cebolla... y ¡ajo! Si consiguiéramos que todos los vampiros bebieran...

—Pero antes tendremos que llegar a la cocina para prepararlo todo.

—Yo no pienso salir de esta clase con todos esos vampiros ahí fuera —dijo Paco Párking.

—No tenemos que salir por esa puerta —dijo Natalia—. La cocina y el comedor del colegio están en el piso de abajo, ¿no? Hice memoria para situarme y asentí con la cabeza. Si no me equivocaba, mis dominios estaban justo debajo de nosotros.

—Pero no pretenderás que nos descolguemos por la ventana, ¿verdad? Mi cuerpo es zombiesco, pero no me gusta caer desde las alturas en plan meteorito.

—Es mucho más fácil que eso. Zombete, ¿a que no eres capaz de romper este suelo? —le retó la niña.

—¿Que no? ¡Ahora verás!

El niñozombi se arrodilló en medio de la clase y empezó a golpear las baldosas del suelo con los puños cerrados. Las grietas aparecieron pronto, pero el chaval aún necesitaba ayuda.

Así que me subí a uno de los pupitres, con ayuda de *Estiércol*, que me empujaba por el culo, y salté a lo bestia contra el suelo.

Al momento, las baldosas cedieron y Zombete y yo acabamos bajando de golpe al comedor, llenos de polvo y yeso.

20

Natalia y *Estiércol* se deslizaron por el agujero y cayeron en mis brazos, como si mi barriga fuera una colchoneta rolliza y zombiesca.

—Antes que nada, tenemos que sacar todo el ajo de la despensa y distribuirlo por la cocina, para que los vampiros no se acerquen —ordenó la niña.

—Mira qué mandona nos ha salido —le comenté a *Estiércol*.

—Hombre, alguien tiene que organizarlo todo, porque si os lo dejo a vosotros... —dijo ella, refiriéndose a Zombete, que se estaba comiendo un enorme trozo de yeso de lo que había sido el techo de la cocina.

Por suerte, como hacía varios días que los de la película invitaban a pizzas a todos los niños, la despensa estaba llena de tomates y ajos que aún no se habían utilizado.

Estiércol empezó a triturar todos los tomates que le cabían en una olla gigante, mientras Natalia y yo cortábamos el ajo en trozos muy pequeños, para que los vampiros no los notaran y no pudieran sospechar nada.

Después, mezclamos trozos de pan con aceite, agua, pepinos cortados y el jugo de los tomates.

—¡Tenéis que daros prisa! —gritó Paco Párking desde el hueco del techo, sosteniendo aún la cruz para que los malvados no entraran por la puerta—. ¡Los vampiros han salido al patio y están mordiendo a todos los niños!

21

El patio era un caos. Los recién vampirizados perseguían a los niños, que se defendían como podían. Los que eran más de fútbol, chutando balonazos contra los chupasangres. Los que eran más de leer, tirándoles los libros a la nariz, que por muy vampiro que seas, siempre duele. Y los niñozombis, a torta limpia.

De momento, colaborando juntos, los alumnos conseguían mantener a raya a los vampiros.

Pero no aguantarían demasiado.

Sin perder tiempo, mezclamos todos los ingredientes en ollas gigantes y lo acabé de triturar todo, manchándome entero de gazpacho.

—Ecs, le falta aceite y sal —dije, mientras me relamía las manchas y ya de paso me servía un par de vasos de gazpacho.

—¡Ahora no estamos para ser repipis! —me gritó Natalia—. ¡Pablo nos necesita!

—Que sí, que sí, que no me olvido —dije, mientras tiraba un

paquete entero de sal dentro de la olla—. Pero hay que disimular el ajo.

Cuando ya tuvimos preparadas más de cinco ollas repletas de gazpacho, sólo necesitábamos atraer la atención de los vampiros.

—Tenemos que hacer que se acerquen —dijo Natalia.

—Dejádmelo a mí —soltó Zombete.

Y con todas las ganas del mundo, agarró una mesa del comedor, salió al patio y la lanzó con fuerza y a traición contra un grupo de vampiros.

Por supuesto, los monstruos se volvieron con cara de muy pocos amigos.

—¡Niño maleducado! ¡Acabaremos contigo!

—¡Venid a por mí si tenéis colmillos! —les desafió el repetidor.

Los vampiros se miraron entre ellos.

—Tú eres tonto, ¿verdad? —le dijeron, riéndose de Zombete.

—Me lo dicen muchos. ¡Y a todos les acabo pateando el culo! —gritó Zombete lanzándose a lo bestia contra el grupo de vampiros.

22

Zombete embistió a los vampiros, que salieron volando en todas direcciones como palomas asustadas por un pisotón.

—¡Niñozombis, a mí! —gritó Zombete.

Los alumnos zombiescos llegaron de todas partes del Saint Grímor para ayudar a Zombete. Y por supuesto, mi fiel ratita no se iba a quedar en la cocina de patas cruzadas. *Estiércol* acudió a la batalla como un caballero andante del mundo animal: con un palo de fregona que usaba de lanza y una bandeja de metal que hacía servir de escudo.

Mientras tanto, Natalia y yo llenamos varias jarras con hielo y el gazpacho, y las dejamos todas juntas encima de un carrito de la cocina, donde también pusimos varias decenas de vasos.

Después, con mi fuerza zombiesca, empujé el carrito hasta el

patio, donde la pelea aún continuaba.

De momento no ganaban ni los zombis ni los vampiros, porque la fuerza de los dos bandos era bastante similar. Lo único que habían hecho era destrozar parte del suelo del patio, con tantos golpes.

Mi amiga y yo nos pusimos a repartir el gazpacho y cuando ya tuvimos todos los vasos llenos, me metí los dedos en la boca y solté un silbido brutal.

Al momento, todos los del patio pararon de pelear y nos miraron.

—Eh, vampirazos, como los zombis somos más fuertes que vosotros, os daremos algo de ventaja. Os dejaremos cinco minutos para descansar.

—No necesitamos descansar, tío feo —me dijo uno de los vampiros—. Nosotros somos inmortales e invencibles.

—Y ¿no os apetece un vasito de jugo rojo para recuperar fuerzas? —sugirió Natalia señalando los vasos que yo ofrecía.

Los vampiros miraron el gazpacho de reojo y se relamieron los dientes con ganas disimuladamente.

—Está tan fresquito... —continuó la niña—. Y además lo hemos preparado con sangre de mucha pureza que por casualidad teníamos escondida en la nevera, por si un día nos tocaba invitar a un vampiro.

Para convencerlos, cogí una jarra de litro y me la bebí entera con toda la felicidad del mundo.

—Bueno... —empezó a decir uno de los malvados—. Por un sorbo no creo que pase nada...

Casi al unísono, todos los vampiros se abalanzaron encima del carrito y empezaron a beberse todo el gazpacho de un trago. Por lo visto, la pelea con los niñozombis los había dejado bastante sedientos.

Cinco segundos después, todos ellos cambiaron las caras, pasando de la satisfacción al asco.

—Pero... ¿qué le habéis echado? —se quejó uno de los vampiros —. ¡Está muy fuerte!

—Quizá es culpa del ajo —solté yo con una sonrisa, mientras tomaba tres vasos más.

—¿Ajo? ¿Hemos bebido ajo? —dijeron todos ellos con cara pálida.

Y al momento, cayeron al suelo llevándose las manos al estómago y gruñendo como niños enfadados.

—¡Qué dolor de barriga! ¡Qué enfermitos nos estamos poniendo! —se quejaron.

23

Zombete, Natalia, *Estiércol* y yo nos sonreímos con alegría al ver a todos los vampiros en el suelo del patio, fuera de combate.

—Si todo sale según lo previsto, el ajo circulará por su cuerpo y destruirá el virus vampírico —dijo Natalia.

—Eso está muy bien —le contesté, con la boca llena de otra jarra de gazpacho, que estaba riquísimo—. Pero Pablo nos pidió que encontrásemos al vampiro original.

—Es que hasta que no acabemos con el primero que empezó a morder a los demás, todos ellos seguirán un poco vampirizados —dijo Paco Párking, apareciendo a nuestro lado.

— Y ¿tú cómo sabes eso? —le pregunté.

—Porque sale en todas las películas. Y si algo he hecho en mi vida es ver películas —contestó el director de cine.

—Y por casualidad —continuó la niña—, ¿no sabrás qué pinta tiene un vampiro primigenio?

Paco Párking se frotó la barbilla mientras ponía cara de pensar.

—Pues... tendría que ser feo, peludo, muy viejo y con unos colmillos imposibles de disimular.

A ninguno se nos ocurría nadie que encajara con esa descripción, pero mi pequeña *Estiércol* empezó a chasquear los dedos para que le hiciéramos caso. Como nadie se dio cuenta, decidió morderme la pierna.

Cuando la miré, conteniendo el dolor, estaba señalando la caravana del niño actor.

—¿La caravana es el vampiro? —se preguntó Zombete—. ¡Eso es imposible! A veces pienso que esta rata es tonta.

—La caravana no. El niño Eduardín. ¿Qué mejor disfraz para un vampiro que ser un actor haciendo de vampiro? —dije yo, mientras me tomaba otro vaso de gazpacho.

—Pero aquí hay algo que no encaja —intervino Paco Párking—. Eduardín se intoxicó el primer día y no ha vuelto más.

—¡El murciélago! —dijimos de repente todos a la vez.

Justo en ese momento, la puerta de la caravana saltó de golpe, y del interior emergieron Pablo, Leti y un monstruo enorme y delgadísimo.

—¿Y ése quién es? Si siguen saliendo personajes pronto ya no cabremos en el libro —me quejé.

—Soy Vlud *el Sanguinario* —dijo el monstruo—. Soy uno de los vampiros más antiguos de todo el planeta, y llevo días a vuestro alrededor, alimentándome de vuestra vitalidad.

—Pues yo no te he visto en la vida —lo interrumpió Zombete—. Y con lo feo que eres, creo que me acordaría.

—Porque estaba en mi forma de murciélago, tontorrón. Tenía que recuperar las fuerzas antes de mostrarme en mi forma verdadera. Pero ahora que ya he comido bien, antes de beberme vuestra sangre os haré papilla con mis propias manos.

—Ni lo sueñes —soltó Paco Párking—. Me has destrozado la película, pero yo acabaré contigo.

El director de cine enseñó el brazo que llevaba escondido a la espalda y de repente colocó la cruz robada de clase delante del vampiro.

El monstruo se tapó la cara con su brazo bestial, pero no se quedó quieto:

—¡Leti! ¡Pablo! ¡Sacádmelos de encima y seréis mis ayudantes preferidos!

24

Mi amigo empollón y la actriz, ambos muy vampirizados, se nos tiraron encima con intenciones de mordernos. Al ver tan cerca a su querida actriz, Paco Párking se puso nervioso, dejó caer la cruz y la vampira consiguió atraparlo.

Acercó sus colmillos al cuello del director y justo cuando iba a clavárselos, un palo de fregona se interpuso en su camino. La actriz mordió el palo como si fuera un perro jugando en el parque, y cuando quiso volverse para ver el siguiente movimiento de *Estiércol*, Natalia la bañó completamente con una jarra de gazpacho.

Leti quedó cubierta del líquido alimenticio y empezó a revolcarse por el suelo, soltando gritos.

Mientras tanto, yo procuraba mantener a Pablo lejos de mi

cuello. Lo agarré por las muñecas y le puse una rodilla en el pecho, para que no pudiera acercarse.

Él abría la boca y mordía el aire, mientras gritaba:

—¡Únete a nosotros, Bermúdez!

Yo era incapaz de usar mi fuerza zombiesca contra mi amigo, porque si me pasaba, podía hacerle daño de verdad. Pero Zombete no tenía tantos escrúpulos, y decidió levantar el carrito de los jarrones de gazpacho y tirárnoslo entero por encima.

El golpe fue tan fuerte que el metal se rompió y quedamos atrapados entre los hierros del carrito.

Natalia aprovechó el momento para acercarle un vaso de gazpacho a Pablo y hacérselo tragar.

El niño empezó a removerse y a chillar de asco, pero la niña le cogió la cabeza con las dos manos, lo miró a los ojos y le dijo con todo el amor del mundo:

—Tranquilo, todo saldrá bien. Tú has cuidado muchas veces de nosotros. Ahora deja que nosotros lo resolvamos todo.

Pablo se calmó al momento. Quizá el gazpacho estaba haciendo efecto. O quizá la ternura de Natalia le era mucho mejor medicina.

Fuera como fuera, aún quedaba derrotar al malo malote. Y parecía que el vampirazo no tenía ningunas ganas de ponérnoslo fácil.

Porque en vez de luchar conmigo, se transformó en murciélago y empezó a volar.

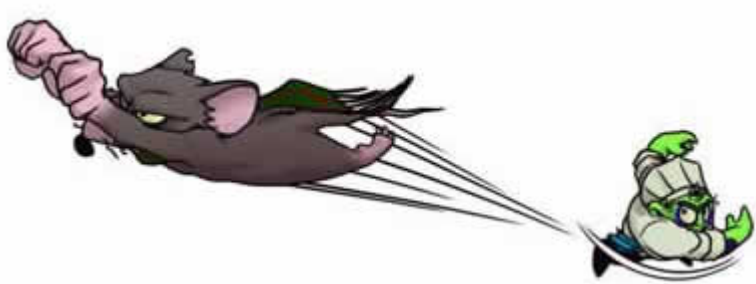
25

—¡Vuelve aquí y lucha como un vampiro! —le gritó Zombete.

—Volveré de noche, cuando el sol no anule tanto mis fuerzas, y entonces me beberé hasta la última gota de vuestra sangre —nos dijo desde las alturas.

—Que te crees tú eso —le dije.

Miré a mi fiel ratita, que me hizo un gesto afirmativo. Cogí a *Estiércol* con una mano, apunté hacia el cielo y la lancé con todas mis fuerzas.



Mi mascota voló por los aires y consiguió agarrarse a la espalda del murciélago.

—¡Quitadme a este bicho de encima! —empezó a gritar el vampiro.

Estiércol le tapó los ojos con una de sus patitas, mientras con la otra le iba metiendo el dedo en los oídos.

El vampiro no pudo concentrarse bien y perdió el rumbo de su vuelo.

Mi rata y él dieron vueltas y más vueltas hasta que acabaron cayendo hacia nosotros.

En su descenso, el murciélago consiguió zafarse del abrazo de *Estiércol* y la empujó en el aire.

Natalia hizo un par de ruedas por el patio para situarse justo debajo del lugar donde iban a caer y rescatar a mi ratita entre sus brazos.

En cambio, yo conseguí agarrar la bandeja metálica que *Estiércol* había sacado de la cocina y la estampé contra el vampiro cuando lo tuve delante de mis ojos.

El monstruo chocó contra el suelo, y al momento adoptó su forma vampiresca y gigante. Eso sí, con un gran chichón en la cabeza.

—¡Me las pagarás, cocinero de pacotilla!

—No si nosotros podemos evitarlo. Tiradle el gazpacho encima —le pedí a Natalia.

La niña se abalanzó sobre las jarras y los vasos caídos, pero todo el líquido estaba ya en el suelo del Saint Grímor.

26

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté.

Antes de que ella pudiera contestarme, noté una sombra detrás de mí.

Y sin que pudiera hacer nada, el vampiro clavó sus colmillos en mi cuello.

—¿Pensabas que me habías derrotado, insensato? Ahora me beberé tu sangre y me convertiré en el primer vampiro zombi de toda la historia. ¡Seré tan poderoso que nadie podrá detenerme!

El vampiro empezó a chupar y yo me fui sintiendo cada vez más débil.

Intenté pisarle los pies y darle codazos, pero él no aflojaba su presa.

Noté que perdía las fuerzas y la vista se me fue nublando.

¿Iba a ser ése el fin del Chef Zombi?

Hasta que de pronto, el vampiro apartó sus colmillos de mi cuello y empezó a toser sin parar.

—Tu sangre... ¿Qué le pasa a tu sangre? —dijo con miedo en los ojos.

Al momento, el terrible Vlud *el Sanguinario* estaba de rodillas, haciendo ruiditos muy asquerosos.

—¿Qué me has hecho? —dijo el vampiro.

Y entonces se transformó entero en una figura gigante de polvo y desapareció con el viento.

—Pero ¿alguien puede explicarme qué ha pasado? —preguntó Zombete—. A ese bicho feo yo quería pegarle un rato.

—Algo ha acabado con él y yo casi ni lo he tocado —me defendí.

—¡El gazpacho! —gritó Pablo, con la misma cara de humano normal de siempre—. Bermúdez, has bebido tanto gazpacho que tu sangre estaba llena de ajo. Eso ha destruido al vampiro y nos ha liberado a todos de su influjo maléfico.

En ese momento, Leti se levantó del suelo y Natalia le pegó una torta en plena cara.

—Pero ¿qué haces? ¡Si ya vuelvo a ser humana! —dijo la actriz.

—Por si acaso... Y no se te ocurra volver a hacerle daño a mi amigo, porque Pablito es muy importante para mí.

El empollón y Natalia se abrazaron.

Paco Párking y Leti también. El director de cine me miró sin soltar a la chica y me guiñó el ojo con la cara llena de felicidad.

Por supuesto, acabaron la película en el Saint Grímor, y en agradecimiento por haberlos salvado a todos del vampiro, a Zombete, a *Estiércol* y a mí nos dejaron salir de extras en muchas de las escenas.

Quizá cuando la película se estrene, Pablo acabe teniendo más

fans que Eduardín Gluten. De momento, lo importante era que sus dientes volvían a ser normales, y que Natalia cada día lo miraba con ojos más llenos de admiración.

Así acabó la fabulosa historia del vampiro que rodaba películas.

Aunque claro, vendrían otras aventuras y otros monstruos. Pero eso ya os lo contaré en otros libros, porque tampoco es cuestión de que me quede sin dedos de tanto teclear.

Abrazos zombiescos y buenos alimentos os desea

vuestro horroroso amigo Bermúdez, el único e inimitable Chef Zombi.

¡Diviértete de manera espeluznante en la cocina!

RECETAS APESTOSAS: Gazpacho de vampiro

Supongo que después de leer mi apasionante libro tendrás ganas de ser como yo. Esto siempre nos pasa a los triunfadores. Eso sí, no esperes convertirte en chef de la noche a la mañana. A mí me costó años, pero yo te ayudaré, libro a libro, receta a receta, para que te conviertas en alguien tan excepcional como yo.

Hoy te enseñaré a preparar *gazpacho de vampiro* (que los humanos denominan simplemente *gazpacho*). Y si querías cocinar otro plato... pues te aguantas.

Lo primero es conseguir los ingredientes. (Quizá los encuentres en la cocina de tu casa o quizá tengas caso, ¡no vale robarlos!, porque si te pillan, tus padres te van a castigar de por vida y nunca más te dejarán cocinar nada de nada.)

Un kilo de tomates maduros
Un trozo de pan seco
Medio pimiento
Un pepino
Medio litro de agua
Una cucharada sopera de aceite
Dos dientes de ajo
Un cuarto de cebolla
Un poco de sal

¿Cómo prepararlo?

1. Busca cualquier recipiente grandote que tengas en casa. (Si eres humano, asegúrate de que esté limpio. Si eres zombi o vampiro, eso da igual.)

2. Llena el recipiente con medio litro de agua y deja el trozo de pan en remojo para que se vuelva blandito.

3. Lava y pela los tomates, el pepino, el pimiento, la cebolla y los dientes de ajo. No quieras correr y hacerlo todo a la vez. Pelar las hortalizas mientras las lavas es complicado. Primero lava y luego pela.

4. Corta todos los ingredientes en trocitos menudos. Vigila con el cuchillo, que no queremos tomar gazpacho de dedo cortadito; así que mejor que te ayude un adulto.

5. Tira todos los trocitos en el recipiente y añádele aceite.

6. Ahora queda lo más fácil: triturarlo todo con una batidora. Aquí también mejor que el adulto te supervise mientras trituras, porque las batidoras pueden ser más peligrosas que un vampiro malvado.

7. Prueba un poco del líquido resultante, a ver si está demasiado soso o aguado. Si lo encuentras muy apestoso, añádele más pan seco para conseguir que el líquido se vuelva consistente o un poco de sal y aceite para que tenga más sabor. Si añades algo, bate un poco más.

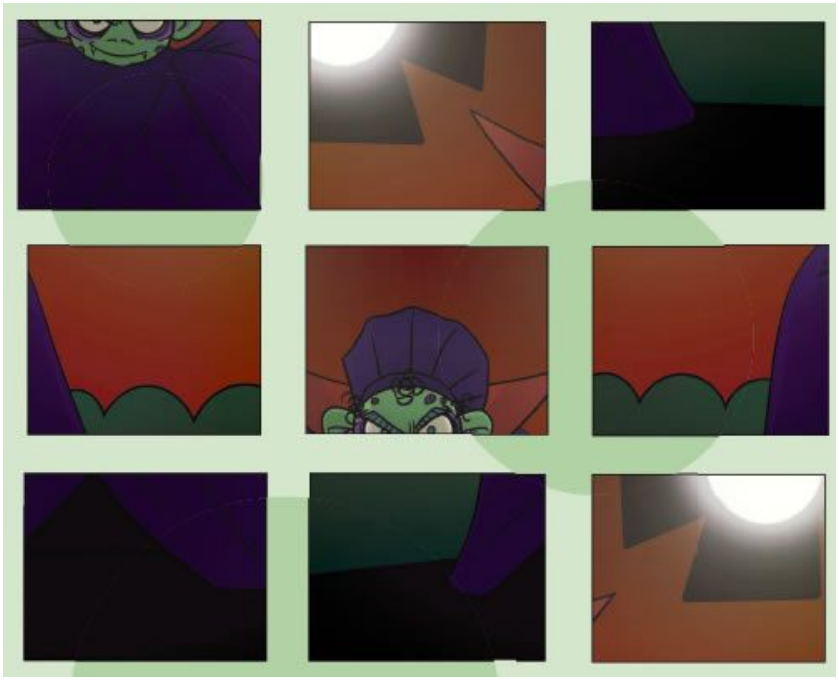
8. Llegado este momento, contempla con orgullo tu primer gazpacho.

9. Ahora, sirve el gazpacho en varios tazones, porque beber todos directamente del mismo sitio es una guarrada. (Recuerda que el gazpacho puede tomarse a temperatura ambiente o frío. Si lo quieres frío, deja el recipiente en la nevera, y sácalo cuando quieras servirlo. Más que nada, porque bebértelo entrando tú en la nevera es muy incómodo.)

Si la gente te felicita,
¡ya estás un poco más cerca de ser un chef tan magnífico como yo!

JUEGOS DE MIEDO:
El puzle

Reconstruye este puzle numerando las piezas de izquierda a derecha y de arriba abajo.



SOLUCIÓN

TEST VAMPIRESCO:
¿Tienes madera de vampiro?

¿Qué grado de vampirismo tienes?
Esto no te lo podrán contestar ni tu familia ni los profes ni los científicos más estudiosos.
¡Sólo lo resolverás con este fabuloso test!

Tu dentadura...

1. tiene alguna caries, pero vaya, ¿quién no tiene alguna caries?
2. muestra unos colmillos bien afilados
3. es blanca, limpia y resplandeciente

A la hora de ir a dormir, necesitas...

1. un rincón en el sofá
2. un ataúd de los buenos
3. un colchón superblandito con sábanas rosa

La sangre...

1. es lo que te sale cuando te haces una herida jugando a fútbol
2. es la bebida más nutritiva del mundo
3. ¿sangre? Me mareo...

Los murciélagos...

1. son chulos, pero siempre mola más un pterodáctilo
2. son el mejor animal del mundo
3. para pasearlos por el parque son un rollo como mascota

El ajo...

1. le da gustillo a muchos platos típicos
2. es un veneno mortal
3. ni probarlo, porque su olorcillo no combina bien con ningún perfume

Mayoría de 1:
Tienes madera de vampiro, pero aún te falta un poco de entrenamiento. Tómate un libro del Chef Zombi cada ocho horas y poco a poco te irás vampirizando sin problemas.

Mayoría de 2:
Eres lo más vampiresco que se ha visto en tu ciudad. Sigue así, pero procura lavarte los colmillos una vez al día para que no te salgan caries.

Mayoría de 3:
No eres un vampiro, eres fifi, que no sé qué es peor. Sigue leyendo las aventuras del Chef Zombi para aumentar tu nivel de vampirismo.

¡MONSTRUFÍCATE!: Confecciona tu propio disfraz de vampiro

Es normal que después de leer mis aventuras sientas muchos deseos de convertirte en vampiro. Pero seguro que tus padres no te dejan hasta que hayas pasado de curso, por lo menos. Para que puedas sentirte un auténtico vampiro sin que se enfaden, te daré algunos trucos para vampirizarte.

√ Lo primero que necesita un vampiro terrorífico son un par de colmillos. La mejor solución es comprar una dentadura vampírica en cualquier tienda de disfraces o artículos de broma. Pero si te da pereza buscar alguna, también puedes sujetar con la boca un par de conos o ganchitos, imitando los dientes del vampiro.

√ Por supuesto, añádele un toque de color a tu boca vampiresca. Con salsa de tomate o mermelada de fresa, parecerá que te acabas de merendar a un par de víctimas.

√ Tampoco iría nada mal un poco de maquillaje para dejarte la cara bien pálida. Eso sí, sólo hace falta que te quede blanca la piel de la cara, no el interior de las orejas ni los pelos de la nariz.

√ Mójate el pelo con agua y péinatelo hacia atrás. Eso te transformará en un noble de Transilvania… o en un niño repipi, que también asusta lo suyo.

√ Un vampiro aristócrata siempre lleva una buena capa. A ti te puede servir cualquier mantel que tengas por casa, unido en el cuello con unos imperdibles. Eso sí, procura que el mantel sea oscuro, no a cuadros rojos y blancos, porque entonces parecerías una mesa de restaurante italiano.

√ Ahora que ya tienes el uniforme monstruoso, sólo falta ensayar la actuación: camina con la espalda bien recta y actitud de profesor que vigila en un examen y pásate la lengua por los colmillos falsos, poniendo cara malvada.

¡Felicidades! Ya te has convertido en un falso vampiro con una pinta muy horripilante. Disfruta asustando a los vecinos y hazte fotos de recuerdo, porque nunca estarás más guap@.

CHISTES MONSTRUOSOS:
¡Desterníllate de risa!

Un vampiro le dice a otro:
—¿Cómo vas por la calle con estos pelos?
Y el otro le contesta:
—¿Cómo quieres que me peine, si no me reflejo en el espejo?

Un vampiro se encuentra a otro bebiendo agua y le dice:
—Pero ¿qué haces? Si los vampiros bebemos sangre.
Y el otro le contesta:
—Ya, pero es que estoy a dieta.

Un vampiro centenario le dice a otro:
—He vivido tantos siglos que empiezo a perder la memoria.
—Y ¿hace mucho de eso?
—¿Hace mucho de qué?

Un vampiro se despierta a medianoche y ve que su castillo está ardiendo. Llama por teléfono a los bomberos y les dice:
—Rápido, necesito que apaguen el fuego de mi castillo.
—Denos la dirección, señor.
—Ahora mismo estoy tan nervioso que no me acuerdo.
El bombero pregunta:
—Y ¿cómo espera que lleguemos hasta ahí?
—Hombre, pues en esos camiones rojos que tienen, ¿no?

SOLUCIÓN: 2, 5, 9, 6, 1, 4, 8, 7, 3.

Gazpacho de vampiro
Martín Piñol & Votric

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© del texto, Joan Antoni Martín Piñol, 2011
© de las ilustraciones de portada e interior, Votric, 2011
Maquetación: M.ª Jesús Moreno, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Destino Infantil&Juvenil
infoinfantil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2012

ISBN: 978-84-08-00546-9

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com